



EL TRASFONDO INTERNACIONAL DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Por LUIS CHAVEZ OROZCO,
(historiador y catedrático)

En otra ocasión hemos afirmado que no es posible interpretar correctamente ningún fenómeno trascendente de nuestra Historia, de fines del siglo XVIII hasta nuestros días, si nos empeñamos en verlo como algo aislado ajeno al panorama universal. Todo nuestro suceder trascendente está determinado no sólo por factores nacionales, sino también por presiones extranjeras, que operan o como estímulo que empuja hacia adelante, o como fuerza inerte que contiene la marcha del progreso. Es que, a partir de las postrimerías del XVIII, la interdependencia de los pueblos es cada vez mayor, y lo que conmueve a uno se difunde en vibración gigantesca, creando una atmósfera que, para bien o para mal, influye en todos los pueblos de la Tierra, en el seno de los más poderosos y en la entraña de los más débiles. Esto, que observamos hoy con más claridad que nunca, sirve para explicarnos por qué el arte de gobernar, se ha convertido, en buena parte, en el arte de contrarrestar internacionalmente las opiniones ajenas y de hacer prevalecer las propias.

Sin la guerra de independencia de los Estados Unidos, sin la Revolución Francesa y sin las guerras napoleónicas ¿cómo nos podríamos explicar la revolución de Independencia de nuestra Patria? Sin el triunfo de las fuerzas liberales, encabezadas militarmente por Riego en España, ¿cómo nos explicaríamos la consumación de la independencia de la Nueva España? Sin el ejemplo napoleónico, hombre del pueblo, que escala las gradas del trono, al impulso de sus triunfos ¿cómo explicarnos la locura imperial de Iturbide? En la imagen que nos dejó el grabado, sólo faltan

en el manto imperial iturbidiano las abejas laboriosas que adornaban al *napoleónico*. . . Y entre los títulos más legítimos de gloria de Simón Bolívar ¿no habremos de enumerar precisamente ese, el de no quererse identificar con Napoleón, sino en el número de pueblos liberados en América en comparación con el número de naciones sometidas en Europa?

Cuando al prestigio de la idea se suman los apetitos que sólo se satisfacen con el disfrute de los intereses materiales, entonces las miras de las potencias internacionales se convierten en esfuerzo irrefrenable por *participar en la conformación de la vida política y económica de los pueblos débiles.*

Al desatarse la Revolución Mexicana en 1910, hacía tres cuartos de siglo que Inglaterra estaba disfrutando de las inversiones hechas en nuestro país, y tres décadas que los Estados Unidos habían iniciado su expansión económica más acá del Bravo, una vez que habían asimilado, poblándolo y colonizándolo, el territorio gigantesco de que despojaron a México en el año de 1848.

Con esto queremos decir que la *gran conmoción que sacudió al país a partir del año de 1910, no sólo afectó a los intereses feudales de los mexicanos terratenientes, sino también a los intereses de los extranjeros, que a la sazón controlaban ya enormes latifundios agrícolas y ganaderos, toda la explotación petrolera, la mayor parte de la minera y todo el comercio internacional.*

Si esto es verdad, también lo es que no hay posibilidad alguna de comprender la Revolución Mexicana, si al mismo tiempo no conocemos, a fondo, la naturaleza de las *fuerzas internacionales que aspiraban a la perpetuación de un estado de cosas, a la sombra del cual estaban operando, con pingües beneficios para los inversionistas de las metrópolis financieras del mundo: Nueva York, Londres, París, etc.*

Cuando sabemos que una de las reelecciones del general Díaz (1900) se vio respaldada por una manifestación de extranjeros inversionistas y de representantes y empleados de ellos, comprendemos hasta dónde el poder económico internacional se traducía ya, en poder político en lo nacional, y además por qué el ímpetu de la Revolución no sólo chocó contra los intereses de los privilegiados mexicanos, sino también con la resistencia manifiesta y ostensible de los extranjeros que se habían adueñado de gigantescas porciones de la *riqueza nacional.*

La Revolución Mexicana tuvo, pues, dos finalidades: la de destruir el poder feudal de los terratenientes y la de reivindicar las riquezas nacionales de que se habían venido apoderando los extranjeros. En esta pugna intervinieron, por la naturaleza de la economía mexicana, tal como se venía estructurando a partir de 1821, las cancillerías extranjeras. En resumen, la Revolución Mexicana, para interpretarla en todo su inextricable complejidad, hay que verla a la luz de la Historia Diplomática.

* * *

La Historia Diplomática de la Revolución Mexicana ha sido estudiada por varios autores extranjeros, todos ellos norteamericanos. Los historiadores mexicanos, por su parte, sólo la han estudiado ocasionalmente, y en forma monográfica. El primero en acometer en toda su magnitud, esa difícilísima y urgentísima empresa, es don Isidro Fabela, cuya *Historia Diplomática de la Revolución Mexicana* empieza a publicarse (Fondo de Cultura Económica, 1958).

La lectura del primer volumen de la obra del licenciado Fabela nos entrega la prueba de lo que decíamos al principio, es decir, que los Estados Unidos vieron en la Revolución, a partir de sus primeros episodios, algo que no sólo afectaba a México, sino también a los intereses económicos de los inversionistas norteamericanos, y en lo que, en consecuencia, tenían que intervenir.

Ahora bien, la preocupación por resguardar tales intereses en toda su integridad, y los medios aplicados para ello por el Departamento de Estado de Washington y por sus agentes diplomáticos acreditados en nuestro país, constituyen un trasfondo en cuya superficie se destacan, con relevante claridad, los episodios más dramáticos de la Historia de la Revolución. La pluma del licenciado Fabela describe, de mano maestra, este trasfondo, y así consigue destacar muchedumbre de factores, ocultos o poco conocidos, que permiten explicarnos sucesos considerados antes como fruto casual dentro de las contingencias de toda revolución.

* * *

El régimen maderista, a poco de asumir el poder, se vio combatido por cuatro fuerzas: las ambiciones de los insatisfechos, que habían contribuido en forma tan eficaz para alcanzar el triunfo; el grupo de políticos que para definir sus anhelos de conducir las cosas hacia adelante, se dominaba a sí mismo Grupo Renovador de la Cámara de Diputados; el núcleo conocido con el nombre de "Cuadrilátero" (García Naranjo, Moheno, Lozano y Olaguíbel) que usando de la ironía y del escarnio más crueles, minaba la autoridad del Presidente Madero, hacía burla de los anhelos de los revolucionarios, y consiguió agrupar alrededor de sí, a un gran número de descontentos. La cuarta fuerza que participó en esta contienda fue el embajador de los Estados Unidos, Mr. Henry Lane Wilson, cuya incomprensión de la Revolución Mexicana lo obligaba a ver, en cada uno de los actos del gobierno del señor Madero, un propósito de lesionar los intereses económicos de los inversionistas norteamericanos, o un signo de anarquía.

Todo esto fue a desembocar en el Cuartelazo de Febrero de 1913, en la traición de Victoriano Huerta, en el asesinato del señor Madero y del vice-presidente Pino Suárez, en la usurpación del poder supremo por el mismo Huerta, y en la Revolución vindicatoria Constitucionalista, encabezada por don Venustiano Carranza.

El trasfondo diplomático de este intento de restauración del régimen de Porfirio Díaz; el desbrozamiento cuidadoso de la senda que habrá de conducir a Victoriano Huerta hasta la traición, primero y luego al asesinato de Madero y Pino Suárez; el impulso que facilitará a ese traidor y a ese asesino a escalar el poder: todo lo describe el licenciado Fabela echando mano, unas veces, de los informes y documentos más auténticos y, otras, de sus recuerdos personales, para llegar siempre, (para vergüenza de la diplomacia norteamericana) a que el embajador Henry Lane Wilson tuvo en todo ello una responsabilidad concreta y evidente, responsabilidad que comparten los funcionarios del Departamento de Estado (accionistas, los más, de compañías establecidas en México), que no quisieron aherrojar la malevolencia diabólica de este funcionario, incapaz de abrigar en su pecho otro sentimiento que el de la pasión más encarnizada en contra del señor Madero.

Tres cosas quedan muy claras en el relato que el licenciado Fabela hace de este gran crimen: la idea equivocada que tenía Henry Lane Wilson de sus facultades y de sus deberes como un

simple embajador que era; la supeditación vergonzosa (con excepción del Ministro Cubano, don Manuel Márquez Sterling) de todo el cuerpo diplomático acreditado en México, a los designios atrabiliarios y sanguinarios del embajador norteamericano, y la sumisión abyecta con que Victoriano Huerta y otros malos mexicanos sometieron a ese mismo embajador, a trueque de asumir el poder, y consolidar el antiguo régimen que derribara el pueblo guiado por el señor Madero.

Es esta la página más negra de nuestra Historia. Por fortuna, al lado de ella, figura otra, aquélla en que se consigna la forma como el gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza, reaccionara, a nombre del pueblo mexicano, poniéndose a la cabeza de la Revolución Constitucionalista. La mano de Henry Lane Wilson, amo y señor de México, nada pudo hacer para arrastrar a Carranza al reconocimiento del régimen usurpador de Huerta. Las gestiones que hizo, a través del cónsul Holland, fracasaron del modo más rotundo, y así México encontró al hombre que lo había de salvar del abismo de abyección en que lo querían hundir los traidores mexicanos y la ambición de los inversionistas norteamericanos.

Los capítulos restantes de este gran libro, versan sobre el modo como, al asumir el poder, Woodrow Wilson trató de limpiar de culpas a la política internacional de Norteamérica, tal como la había aplicado el partido republicano. Avergonzado de la ayuda que brindara Henry Lane Wilson para el asesinato de Madero y para la usurpación de Huerta, trató el Presidente de los Estados Unidos, primero, de influir para que las cuestiones de México se resolviesen mediante unas elecciones democráticas, y luego convencido de que este camino no podría seguirse, pues al fin y al cabo, lo que se dirimía no era quién debía ocupar el poder supremo, sino el derecho que tenía el pueblo para darse a sí mismo una nueva organización para destruir la injusticia social que imperaba en nuestra patria: echó mano de la fuerza para derrocar a Huerta, ocupando el puerto de Veracruz, con varios cuerpos de Infantería de Marina.

Cuando el lector pasa los ojos, con avidez, por las páginas de esta *Historia Diplomática de la Revolución*, en que se relatan las perplejidades políticas del Presidente Wilson, no puede menos de maravillarse de la extraordinaria incapacidad que demostraron los dirigentes de la política del Departamento de Estado, ante este

primer caso, en la Historia de América, en que Estados Unidos tuvieron que enfrentarse con una revolución no política en sí misma, sino social, supuesto que trataba de modificar las bases en que se sustentaba la *nación mexicana*. De la atrabiliaria intervención de los republicanos cuyos métodos caían dentro de la jurisdicción del código penal, Woodrow Wilson, con la más buena fe del mundo, pero con una gran ingenuidad, optó por el tutelaje, tratando de castigar a Huerta y de ayudar a Carranza, sólo que Carranza no se dejó seducir. Para vencer a su adversario este gran estadista y gran ciudadano, no necesitaba salirse un punto de la senda de la dignidad y patriotismo.

Carranza no transigió, en efecto. La ocupación de Veracruz por más que se encaminaba, dentro de los designios del Presidente Wilson exclusivamente, a presionar a Huerta para que abandonase el poder la consideró Carranza como un atropello innecesario de la dignidad de un pueblo amigo, pues la Revolución se bastaba a sí misma, como al fin se comprobó, para vencer y castigar a Huerta.

Esa es la máxima gloria de Carranza: el haber cumplido, siempre, con sus deberes de Jefe de una Revolución como la Constitucionalista, por más que muchas veces el cumplimiento de tales deberes, ineludibles para un ciudadano patriota, se convirtiera en obstáculo para el triunfo rápido de la Revolución.

Las angustias de ese drama las compartió Carranza, más que con otra persona, con don Isidro Fabela, Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones, Encargado del Despacho. Con esto queremos decir que hay un momento en que la obra de Fabela se convierte en un testimonio personal; pero también nos apresuramos a declarar que es entonces donde el autor hace mayores esfuerzos para inhibirse, y lo consigue, por cierto, a poco, pues desaparece discretamente ante los ojos del lector, para que hablen sólo los documentos. En efecto, pese a la evidente y gran ingerencia que, en la solución de las grandes cuestiones que se planteaban a la Revolución Constitucionalista, tenía el licenciado Fabela, no se descubre en su honestísimo relato, el más insignificante interés por destacarse en lo personal en este espectacular y formidable drama, en que, por segunda vez, se desplegaron las energías del mexicano con aquella plenitud vital y moral que inspirara, en otra hora, el

patriotismo de Juárez, en la lucha que nuestra patria sostuvo con Francia, en los días terribles de la Intervención y el Imperio.

Esa serenidad del autor le permite alcanzar una objetividad limpia de todo propósito patrioterico y demagógico, y así el lector del modo más leal y espontáneo llega, por sí, a definir esta *Historia Diplomática de la Revolución Mexicana*, no como una obra de erudición, digna por mil conceptos de alabanza, sino como algo más, como un mensaje estimulante. Tiene razón don Antonio Gómez Robledo cuando, en el prólogo de la obra de Fabela, dice: "es este libro, al par que historia de la más genuina, mensaje estimulante de nuestro futuro. Es reconfortante, esto de saberse aun dueños de nuestro destino, y de comprobar, por lo que ha pasado, que la historia futura será la que nosotros queremos que sea".